

Para una SEMIÓTICA de la comunicación ESTRATÉGICA

Por Paolo Fabbri y Federico Montanari¹

La semiótica propone un modelo de análisis para las situaciones de conflicto en tanto situaciones de comunicación estratégica. Dicho modelo permite analizar cómo las voluntades en conflicto se constituyen, se afirman, se esconden, se persiguen y luchan.

La semiótica, en sus diferentes fases de desarrollo y en sus varias líneas de investigación, se define como una disciplina que estudia los sistemas y los procesos de significación y de construcción del sentido.

A su vez, la semiótica ha buscado organizar un método que articule estos procesos de construcción y de expresión del sentido, especialmente al interior de diferentes sistemas sociales y culturales, tales como la política, los medios o el arte. Ha buscado organizar el sentido en tipologías y en relaciones reconocibles y, en lo posible, generalizables, elaborando modelos que den cuenta, a través de jerarquías por niveles de análisis, de la complejidad de significados propios de estos fenómenos culturales.

La semiótica se ocupa de “textos”. Por textos, hoy, esta disciplina no entiende sólo textos literarios, escritos o verbales, sino que podemos decir que son porciones de sistemas de significado situados en una determinada cultura. Un texto puede ser un dibujo, así como un comportamiento o estilo de vida social. Es entonces, también, cierta manera de ver, de hacer la guerra, en un período histórico-cultural.² Entonces ¿todo es texto? No: todo puede ser leído, observado “*sub specie texti*” (“como si fueran textos”). Pero más que nada “textos” son los objetos construidos, cambiados, manipulados, que circulan en la sociedad.

Esta disciplina no se ocupa sólo de la comunicación vale decir —de los modos de cambio y transmisión de

¹::
Versión extraída del texto *Per una semiótica della comunicazione strategica*, publicado en la revista on-line de la Asociación Italiana de Estudios Semióticos, el 30 de julio de 2004.
<http://www.associazione-semiotica.it/ec/contributi/Fabbri_montanari_30_07_04.html>
Traducido por Mariangela Giaimo para dixit, con expresa autorización de los autores.



mensajes y contenidos— si bien es evidente que es un ámbito importante. La semiótica busca considerar a la comunicación como un proceso de sentido: una práctica cultural que, entre otras, es estudiada, descompuesta y analizada en sus diferentes componentes y en el estatuto de sus diversos participantes. También se interesa por los problemas concernientes a la estrategia. Busca mostrar qué construcciones, categorías implícitas, modos de ver, de pensar o sistemas de expectativas, se activan en el curso de una interacción, de una relación con el “otro”, ya sea un adversario, enemigo o compañero. Naturalmente, al interior de esos procesos y sistemas de construcción

de sentido, se coloca también el proceso comunicativo, pero dentro de procesos semióticos más amplios.

Obviamente, no se puede pensar en analizar un pensamiento de tipo estratégico o una conducta estratégica de acción sin tener en cuenta la cultura que la ha producido. Es más, un acercamiento semiótico analiza una conducta o concepción estratégica para obtener de ella la cultura o la “visión del mundo” que allí subyace. Es así que para una semiótica de la estrategia, lo primero es analizar determinadas conductas o visiones estratégicas para luego extraer

2.:
Juri Lotman, *La semiósfera*.
Venecia, Marsilio, 1985 o Juri
Lotman, *El revolucionario en
la vida. El comportamiento
cotidiano como categoría
histórico-sicológica*, en De
Rousseau a Tolstoi, Bologna,
Il Mulino, 1984.

Fotos P. P.

3::
Poirier, Lucien, *Le chantier
stratégique*, Paris, Hachette,
1997.

de ellas modelos culturales o sistemas de valores. Estos sistemas de valores pueden informar o motivar, a su vez, las distintas respuestas a las prácticas de conducta de los mismos conflictos, y a la interacción en el interior de esa determinada cultura.

Una semiótica de la estrategia no sólo tiene que ver con la propia dimensión de la acción, o dimensión pragmática, sino también con aquellos “movimientos” de pensamiento y de cálculo a partir de la propia acción y la del adversario. Además, hay que tener en cuenta que no siempre ni necesariamente los “participantes” en las acciones y situaciones de interacción estratégica, son “humanos”. La ostentación y la mediación de “objetos” (tecnologías, cambios de mensajes y armamento) son típicas de un conflicto, sobre todo armado. El sociólogo Bruno Latour subraya una falta de las Ciencias Sociales: éstas, afirma, casi siempre estudian las relaciones e interacciones entre hombres como si estuvieran “desnudos”, como si ellos confrontaran y se desencontraran sin mediaciones tecnológicas. Incluso, los mediadores o “delegados tecnológicos”, como las cosas o las armas, no constituyen meros “objetos inanimados”: son verdaderos “sujetos” (aún si no son evidentemente humanos) en tanto están dotados de competencias y programas de acción.

A tal propósito, la semiótica, justamente gracias a las herramientas metodológico-conceptuales, está en condiciones de analizar indiferentemente a los “participantes” en determinada acción o “historia”, así sean seres humanos u objetos. Se trata de comprender que la sociedad, y por lo tanto también los procesos de interacción y de conflicto, está compuesta por varias clases de actores cuya especificidad, desde el punto de vista de una semiótica de la acción, está dada por sus programas de acción y sus programas narrativos.

Para una semiótica de la estrategia, no sólo hay que tener en cuenta la historia y la cultura de los armamentos (Poirier),³ su dinámica e influencia, sino que también es necesario comprender la construcción de los verdaderos actores híbridos que son los “parti-

cipantes” en un conflicto. La semiótica, en general, descompone esas entidades en elementos de base, definidos como actantes. Es decir, ingredientes sintácticos, componentes funcionales a la acción, que van a formar los diversos programas narrativos de los variados actores. Los actantes son entidades “que hacen o son influenciadas por una acción”. Tales componentes de base se pueden reconstruir en concatenaciones múltiples (es decir, compuestos de agregados de actantes), que llevan el nombre de “actantes colectivos” que asumen ciertas características comunes a los actores o participantes de la acción.

Para la semiótica, los sujetos participantes en una interacción o en un intercambio comunicativo —compuesto, como ya se dijo, de funciones o actantes— son sujetos “plenos”: estas funciones se enriquecen a partir de instancias que la teoría define como modales — el querer, el deber, el poder, el saber, el creer y finalmente, el ser y el hacer— que son susceptibles, naturalmente, de constituirse en diversas combinaciones. Se trata entonces de participantes “cargados” por una competencia llamada “modal”. Y es ésta la que define el rol de los diferentes actantes, es decir, de las instancias que desarrollan los diversos programas de acción.

Por lo tanto, según el análisis semiótico, la comparación, el intercambio polémico, no se da entre actores compactos y monolíticos sino entre los diversos niveles o “estratos” de estas subjetividades compuestas. Cualquier sujeto, sea a nivel “micro”, como un sujeto singular, o a nivel “macro”, como en el caso de un sujeto colectivo, por ejemplo el Estado o un personaje público o político, puede expresar en el transcurso de una negociación o de un conflicto, “querer” algo, pero, al mismo tiempo “creer” que el “otro” (el enemigo, el adversario, el aliado) “quiera” otra cosa, o es más, que “sepa” o “crea” otra cosa.

En la siguiente descripción banal se manifiesta la riqueza de posibilidades y articulaciones de este análisis. Dos actores de un conflicto pueden encontrarse o negociar para obtener el “saber” de alguna

Paolo Fabbri::
Es docente de Semiótica
del Arte en el Instituto
Universitario de
Arquitectura de Venecia.
Fundó el Centro de
Semiótica de Urbino y
forma parte de comités
científicos de
numerosas revistas e
instituciones
internacionales. Algunas
de sus obras más
conocidas son *Táctica
de los Signos*, *Ensayos
de Semiótica* (1995), *El
giro semiótico* (1998),
Semiótica en síntesis
(2000-2001) con
Gianfranco Marrone,
*Morfología del
semiótico* (2006) y
*Semiótica. Diccionario
razonado de la teoría
del lenguaje* (2007).

Federico Montanari::
Es doctor en Semiótica
y enseña en la Facultad
de Diseño del
Politécnico de Milán. Se
ocupa del problema de
la guerra, los conflictos
y de su representación
mediática y estética. Ha
publicado en diferentes
revistas de la disciplina
y su último libro es *El
lenguaje de la guerra*
(2004).



cosa, o para inducir al otro a adherir a algo diferente y, al mismo tiempo, “hacer creer” a un tercero⁴ que se está luchando por otro “objeto de valor”, por la justicia, por ejemplo, o por un dato objetivo, resultado o premio. Estos diversos sujetos participantes, sean singulares o colectivos, se componen y recomponen en diversos planos “modales”, y por cada uno de estos planos (y entre ellos) se pueden instaurar diversas formas de lucha y confrontación.

En definitiva, el estudio semiótico-estratégico de las acciones, ya sean acciones singulares, movimientos práctico-tácticos o conductas más amplias de tipo

estratégico, requiere una amplia articulación de categorías y de niveles de análisis.

Aportes de las corrientes teóricas para una semiótica de la estrategia

Antes de continuar con esta rápida ilustración de los instrumentos que la semiótica narrativa y estructural puede ofrecer a los estudios estratégicos, tenemos que completar el cuadro general de la disciplina.

La semiótica contemporánea posee un doble código genético. Por un lado, hay una tradición filosófica de tipo norteamericana, que en particular deriva del

4::
El tercero se configura como observador externo que, sin embargo, participa en la interacción, como puede ser el caso de la opinión pública.

5:: Umberto Eco. *Lector in fabula*. Milán, Bompiani, 1979. En particular ver las páginas 111-119 que tratan sobre los “paseos inferenciales”, las hipótesis interpretativas y las estrategias que el lector pone en juego para entender un texto. Y que el texto, a su vez, utiliza para “resistirlo”.

6:: Ver el estudio clásico de Greimas. *Interacciones de las constricciones semióticas en Del sentido*. Milán, Bompiani, 1974, p. 143-159.

7:: Algirdas Greimas, *Del sentido*. Milán, Bompiani, 1974, p. 9.

pragmatismo de C. S. Peirce. Esta primera orientación ha constituido la fuente principal de desarrollo teórico, y tiene como autor ejemplar a Umberto Eco. Este tipo de estudio se concentra, en particular, sobre una concepción del sentido y de la producción del significado de tipo interpretativo-inferencial: el sentido, el significado, se constituiría a partir de las inferencias e hipótesis que cumple un intérprete, gracias a su competencia cultural, a partir de fenómenos, o textos, para “leer”, para interpretar, sobre la base de un principio de tipo cooperativo.⁵ Este intérprete cumple una serie de “movimientos” a partir de las instrucciones que infiere del mismo texto. En lo que concierne a los estudios estratégicos, esta primera aproximación es interesante para una teoría de la estrategia y de la acción de tipo lógico. Es decir, basada sobre los cálculos, inferencias, expectativas y la “cooperación” con el comportamiento del “otro” (el cual deviene también en “texto” para interpretar, texto que está, por lo menos, poco dispuesto a cooperar con el lector, y hasta dispuesto a resistírsele). Si bien esta corriente de estudios semióticos no ha desarrollado explícitamente un interés por la estrategia, sí hay puntos de contacto con los estudios estratégicos en la idea de interpretación de los movimientos del otro y la idea de cooperación, aunque teniendo en cuenta que se trata de relaciones de tipo conflictivo.

Por otro lado, la semiótica de la escuela francesa, de orientación estructuralista y que se asocia con el grupo que trabajó con A. J. Greimas, ha tratado desde sus orígenes de analizar los universos míticos y culturales⁶ descomponiéndolos en sistemas de valores. Esta semiótica dio sus primeros pasos, más allá de la lingüística estructural de De Saussure, de Hjelmslev y de Jakobson, justamente desde la antropología de Lévi Strauss y el análisis del relato. A su vez, ha desarrollado el análisis de la narratología, en particular a partir del formalismo ruso (V. Propp) de las fábulas y de las narraciones populares. Esta semiótica fue capaz de desarrollar un modelo de tipo narrativo y fue suficientemente amplia como para poder analizar los procesos y las dinámicas de las acciones.

Podemos afirmar que la semiótica se interesa por los problemas de la estrategia y de la guerra también por una suerte de “a priori epistemológico”, además de, evidentemente, analizar fenómenos culturales como la guerra. Esta disciplina parece llevar en su interior un modelo, un corazón “agonístico”, polémico-conflictual. Esta concepción tiene su origen en lo binario, que es característico del modelo lingüístico estructuralista del que la semiótica tomó parte. Se puede hablar, en este caso, de una suerte de concepción epistemológica que atraviesa todo el pensamiento científico de este siglo. Desde De Saussure a Jakobson. La concepción binaria y estructuralista piensa la constitución de los lenguajes, hasta la construcción misma del sentido y de la significación, en base a diferencias. El sentido no sería dado en manera positiva y atomística, sino por descarte y por relaciones de diferencia. Como afirman Greimas y Courtès, una estructura es binaria cuando, al menos, se define como la relación entre dos términos. En otras palabras, cualquier valor o componente que vaya a construir el significado —desde una palabra hasta un texto— estaría dado por su diferencia con otro valor.

Entonces, la semiótica se interesa intrínsecamente en el conflicto al pensar en un principio que piensa “binariamente”, por descarte de opuestos. Su pensamiento binario no la exime de preguntarse sobre qué tipos de relaciones se crean entre los componentes de los procesos de significación. Se podría decir que la semiótica tiene la pretensión de asemejarse más a una química que a una física del sentido. Trata de estudiar los valores de las relaciones entre las “partículas” de significado; de interdefinir esas relaciones a través de tipologías.

De la concepción de De Saussure, la semiótica hizo suya la idea de “sentido negativo”: el sentido, el significado se da sólo en cuanto descarte negativo entre sus partes. Como afirma Greimas,⁷ la posibilidad de decir que “*passo*” no tiene el mismo significado que “*basso*”, está dada por el hecho que entre los dos términos hay un “descarte” de sentido, percibido en este caso como una diferencia. Esa concepción

“negativa” funciona para la semiótica en cualquier nivel de construcción del significado, y es en ese sentido que podemos hablar de una suerte de “fundamento epistemológico”. De hecho, todas las categorías construidas por la semiótica son concebidas de este modo: desde la oposición profunda de valores diferenciales del significado (los “semas” o los componentes “mínimos” del significado), hasta la articulación entre plano de la expresión y plano del contenido. Esta articulación representa otro de los “axiomas”, si así puede decirse, de la semiótica, por lo que cualquier lenguaje se constituye a partir de la diferencia y asociación de estos dos planos.⁸

Siguiendo las palabras de Greimas, es el mismo universo que nos rodea, el mundo social de las cosas y de los eventos, el que es percibido en una manera: por encuentros y descartes de diferencias. Entonces, podemos decir que *polémos* está en el origen de todas las cosas, aunque hay una enorme diferencia con respecto a la filosofía, o a la teoría tradicional del conflicto (desde Eráclito a Hegel y Marx) porque no se da como fundamento del ser, o del devenir, sino que siguiendo la epistemología contemporánea,⁹ es un modo constitutivo de observar el mundo. Uno que no se da una vez, sino que está compuesto por un sentido percibido y que se constituye en el proceder mismo de esta percepción. Ese sentido de la “sustancia del mundo” se define por la diferencia.

Entonces, huérfanos de una teoría del conflicto y privados de un “motor dialéctico” del cambio histórico-social, podemos concebir las bases de la significación en un sentido profundamente dinámico-conflictual.

La semiótica busca articular este esquema binario con el principio polémico-conflictual sobre todos los planos de significación. De hecho, la semiótica estructural y narrativa de la escuela francesa, a la que hacemos particular referencia,¹⁰ ha construido un modelo estratificado, por planos, de generación del sentido. Tal modelo, llamado “camino generativo”, puede funcionar como un mapa de análisis también

para fenómenos conflictivos y para la estrategia en el sentido más amplio.

Simplificando, para construir un modelo que sirva para investigar las formas de confrontación y de interacción estratégica, se colocan en un primer nivel, más elemental y profundo, los sistemas de valores de los sujetos participantes en la interacción con sus diversos tipos de relación, por ejemplo en posiciones de contradicción, de implicación o contrariedad. En otros términos, se trata de establecer “posiciones” en el conflicto, dentro de variados sistemas culturales. Naturalmente, luego se debe descubrir si las posiciones declaradas por los participantes —por ejemplo “libertad” versus “dictadura”, “democracia” o “verdadera paz” versus “miedo”, “guerra” y “represión”— equivalen a sistemas de valores, o si en verdad estos sistemas de valores están más o menos ocultos. Tal nivel de análisis se aproxima a lo que Carlo Jean define como “metaestrategia” o explicitación de los valores metapolíticos. Es decir, el primer nivel es un nivel de explicitación rigurosa de las posiciones y de los intereses de las partes en conflicto.¹¹

En el segundo nivel, los sistemas de valores son narrados, “contados”, colocados en el interior de diversas lógicas de acción, representadas por las estructuras narrativas formadas por actantes. De esta forma, los sujetos desarticulados en sus diferentes funciones (el demandante, o destinatario, el opositor, y así) se componen dentro de esta estructura narrativa, “cargándose” progresivamente de competencias modales, entendidas como organizaciones de modalidad, fundadas, por ejemplo, en un “querer hacer” o un “deber hacer” que sustentan un poder o un saber.

En fin, si un sujeto constituye inmediatamente su anti-sujeto, esta interacción va después colocada en el interior de una estructura que está compuesta también por diferentes construcciones espaciales, temporales o del tipo que la semiótica define como de “tensión-aspecto”: es como la “praxis enunciativa” o de la

8:: Recordamos que tal concepción viene de uno de los fundadores de la semiótica, Louis Hjelmslev. *Los fundamentos de la teoría del lenguaje*. Turín, Einaudi, 1968.

9:: Sobre este aspecto, ver Gregory Bateson en *Mente y Naturaleza*. Milán, Adelphi, 1984, en el que subraya que los actos de la percepción y la cognición se constituyen siempre a partir de tal acción de “tomar la diferencia”.

Sobre una idea diferencial y constructivista del sentido y del modo de percibir el mundo ver Niklas Luhmann, *Sistemas sociales*. Bologna, Il Mulino, 1989 y Paul Watzlawick, *La realidad inventada*. Milán, Feltrinelli, 1988.

10:: Además de las obras de Greimas, para una introducción ver Francesco Maresciani y Alessandro Zinna, *Elementos de semiótica generativa*. Bologna, Esculapio, 1994.

11:: Carlo Jean, *El uso de la fuerza*. Roma-Bari, Laterza, 1996.



12::

J. Alonso Aldama y Federico Montanari, *L'attente de l'événement. A propos du concept d'ultimatum* en Jacques Fontanille (ed.), *Le Devenir*, Limoges, PULIM, 1995. El ultimatum consiste en aquella "línea temporal" más allá de la cual "no se vuelve atrás": la temporalidad se hace irreversible, y al mismo tiempo se enciende una competencia pasional con el "otro", pero también es una recarga, una intensificación de la espera para quien lanza el ultimatum.

"puesta en discurso". En otros términos, además de los sujetos que luchan, se necesita construir —y desde el punto de vista del análisis desarticular y componer— la "escena" de la lucha, su "arena" o "escenario".

El escenario será construido por los programas o contra-programas narrativos de los sujetos, que serán diversos ya sea por su competencia modal o también por los tiempos y espacios del conflicto. En cuanto al espacio, por ejemplo, se puede concebir el "propio territorio como sagrado e inviolable", o pensar en espacios menos "físicos", más metafóricos, utilizados cuando se pelea con una persona porque se la considera "invasiva". En relación con la dimensión del tiempo, pensemos en las formas temporales de un conflicto, por ejemplo, el momento construido por la espera de que el otro haga algo o la figura del

ultimatum, tiempo en que el *deadline* es una frontera espacio-temporal, así como de tipo "pasional".¹²

Finalmente, existen componentes dados por la "mirada", por el punto de vista de los mismos sujetos de la acción, en tal sentido, definidos como "tensión-aspecto": un sujeto puede esperar una cosa o ser tomado por sorpresa. Tales componentes son fundamentales también para la constitución de un análisis estratégico desde el plano emotivo-pasional: de una acción se espera una cosa, se teme o se sospecha otra, etcétera. En efecto, el análisis de esta última dimensión del conflicto, pasional y rítmica, constituye uno de los mayores aportes que la semiótica puede ofrecer a los estudios estratégicos.

Concluyendo, vemos lo crucial que puede ser la descomposición y composición semiótica de la acción. Los diversos sujetos participantes en un conflicto son como radiografiados y descompuestos a través de diversos niveles, para descubrir posteriores coherencias o disonancias o para poder ubicar, en el acto, dinámicas y tendencias. Las figuras que constituyen la interacción y los conflictos pueden ser descompuestas, entonces, en partes más pequeñas susceptibles de ser relacionadas entre sí.

Esos componentes —que, en resumen, consisten en el nivel de los valores en juego, el nivel de los programas narrativos y modales, en aquel de la producción y enunciación en los diversos espacios, tiempos, actores y aquel rítmico-pasional— pueden ser rearmados para ser considerados verdaderos "actos semióticos". O como afirma Joxe, "estratagemas", figuras de base que constituyen una configuración y conductas estratégicas más amplias, como la amenaza, la promesa o el ultimatum.

Si, como dice Poirier, hay conflicto cuando hay sobre todo una confrontación entre dos voluntades, es importante, entonces, recoger a través de este modelo semiótico, las diferentes maneras en las que estas "voluntades" se constituyen o se afirman, se esconden, se persiguen y luchan. ❖❖